

PARTE 7

Traiciones Contra los Judíos

21. El 'Caso Kastner'
22. El mundo antiguo
23. Pablo de Tarso
24. Edad Media: El Debate de Barcelona
25. El Medievo: De la ciencia maímonista a la superstición cabalista
26. El Renacimiento: De la cábala luriana a la catástrofe shabetáica
27. La Emancipación moderna
28. La crisis de 1933: ¿Por qué fracasó el boicot antinazí?
29. El Holocausto: Hillel Kook (Peter Bergson) y su esfuerzo por salvar a los judíos europeos
30. Regresemos al 'Caso Kastner'

...dice el Señor, el Dios de Israel, concerniendo los pastores que pastorean a mi pueblo: Son ustedes quienes han desperdigado mi rebaño, y los han ahuyentado, y no los han atendido. Así que yo los atenderé a ustedes por sus maldades, dice el Señor.

—Jeremías (23.1-2)

¿Cómo es posible que los judíos cooperaran, a través de sus dirigentes, con su propia destrucción?

—Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén* (1963:16)

Hubo líderes comunitarios de la judería europea que colaboraron con la Solución Final. Un grupo de historiadores, sobre todo a partir de los 1980s y 90s, en su mayoría judíos, ha documentado esta historia. Resumir, contextualizar, y explicar todo esto es la tarea de la PARTE 7. Pero es importante contestar dos preguntas antes de empezar: Primero, ¿cómo es posible que este inmenso drama sea todavía desconocido por la mayoría de mis lectores—inclusive mis lectores judíos—? Y segundo, ¿cómo es posible que la influyente filósofa Hannah Arendt (epígrafe) ose interpretar esa desgracia como la cooperación *de los judíos*, a través de sus líderes, con su propia destrucción? ¿Por qué culpa *a las víctimas*? Abordaré las preguntas en orden.

Para la primera—¿por qué desconocen esto inclusive los judíos?—me serviré de una metáfora.

Las metáforas son útiles porque encienden una luz poética sobre estructuras que han sido transpuestas de su contexto habitual a uno distinto, y es en el nuevo contexto,

desnudadas de su vestimenta habitual, que podemos finalmente *verlas*. Sin duda por eso ha sido tan disfrutada y comentada la película *The Matrix*. Para nosotros la escena útil tiene a Morfeus explicando a su aprendiz Neo una dificultad muy particular de la empresa revolucionaria.

El *Matrix* es un sistema, Neo. Ese sistema es nuestro enemigo, pero cuando estás adentro y miras a tu alrededor, ¿qué es lo que ves? Empresarios, profesores, abogados, carpinteros... Justo las mentes de la gente que estamos tratando de salvar, pero hasta que lo logremos esta gente es todavía parte de ese sistema y eso la convierte en nuestro enemigo. Tienes que entender que la mayoría de esta gente no está lista para ser desconectada. Y muchos de ellos están tan inertes, son tan dependientes del sistema, que lucharán por protegerlo...

Lucharán por protegerlo...

En la película los esclavos están literalmente enchufados a una simulación informática: un cordón conecta sus cerebros a una gran computadora que produce en sus mentes una realidad alternativa, *interactiva*, en la cual participan todos juntos en tiempo real, llevando sus vidas felizmente ‘normales’—trabajando, comiendo, enamorándose, criando niños—sin advertir que esos no son sus cuerpos, que en efecto están durmiendo, que toda su realidad es falsa. Así, los dueños de la simulación utilizan la energía de los esclavos durmientes (su energía eléctrica, cual baterías humanas) para sostener su sistema. Confrontar a estos felices esclavos implica, literalmente, buscar despertarlos de un sueño (¡y desde dentro del sueño!). Implica hacerles ver que su mundo, el que tanto aman, es una ilusión. Muy difícil. Entonces, los esclavos

luchan por proteger el sistema que los tiene esclavizados.
Dormidos.

Es una metáfora. ¿Dónde aplica?

“La historia la escriben los vencedores” dice un aforismo universal. Todos lo repetimos, pero en trance, como pericos. Presumimos poseer una sabiduría importante pero no hemos absorbido realmente la lección que encierra: cuando el traidor vence y escribe historia *nos educa*. Nos equipa con una consciencia histórica que *él escoge para protegerse*: para volver invisible su traición. Hacemos nuestra la mentira ‘patriota’ y de ahí en adelante, como es nuestra, la defendemos. Preferimos cerrar los ojos, hacer ruido, tapar los oídos—cualquier cosa antes que escuchar y realmente entenderlo—. Pues reconocer que hemos estado escupiendo en las tumbas de nuestros defensores y festejando a sus verdugos es demasiado; nos convierte—intuimos debajo de la conciencia—en cómplices. Preferimos no saber. Así, envueltos en el sistema, *luchamos por protegerlo.*

Doublethink.

Sí, George Orwell trató de explicar también esto. Defendemos nuestra educación porque es nuestra autoestima, *nuestra identidad*. Al defenderla reforzamos la realidad alternativa, la realidad creada, la realidad que nos oprime y luego nos destruye. En la siguiente generación el ciclo recurre pues los líderes son los mismos, siguen escribiendo historia. Vuelven a representarse como héroes. Nos traicionan de nuevo. Nos vuelven a educar. Otra vez los defendemos. “*Quien controla el pasado, controla el futuro; quien controla el presente, controla el pasado,*” explica Orwell.

Romper el ciclo requiere tomar aire, apretar los dientes, y encarar la historia—la verdadera, la historia de los vencidos—. *Nuestra historia*. ¿Se puede despertar del sueño? Eso requiere sospechar de mi *identidad*, de mis ‘héroes patrios,’ de mi ‘glorioso’ pasado. De mi realidad. Muy difícil. En *The Matrix*, cuando Neo finalmente encara la realidad su reacción es náusea: vuelve el estómago.

En los capítulos precedentes hemos visto cómo los ‘héroes’ de Occidente—los presuntos gigantes que por obligación cívica y esmero académico somos llamados a homenajear—en realidad se coludieron para impulsar el nazismo y traicionar a los pueblos de Occidente. Luego escribieron historia. El ejemplo paradigmático es Winston Churchill, quien escribiera de su puño y letra la historia de la Segunda Guerra Mundial para ser luego seguido por un grande y manso rebaño de historiadores que lo llamaron ‘Mesías’ (INTRO A LA PARTE 5). Nuestra educación escolar la imparte Churchill.

Cuando despertamos para tumbar de sus pedestales a nuestros ‘héroes,’ nos caen encima. Es un trago amargo—y se siente casi suicida—, pues nos disloca de nuestra cosmología e identidad. *Pero en realidad es autodefensa*. Quien desconoce a su enemigo no está en condición de defenderse, por lo cual permanecer ignorantes es peligroso.

Más aún para el pueblo de Moisés.

Toca entonces examinar ahora, también, a los presuntos héroes modernos judíos. Ellos también vencieron. También escribieron historia. También educaron a su pueblo. También escondieron sus traiciones. También prepararon a sus

remplazos, y esos remplazos les construyeron, también, mausoleos. Por eso los judíos como los gentiles defienden a sus ‘gloriosos héroes’ sin saber que fueron sus verdugos.

Estamos hablando del Holocausto. No sobra, pues, la advertencia: hacen falta tripas para lo que sigue. El tema debe manejarse, de hecho, con tanto cuidado que esta PARTE 7 se ha convertido en la más larga de mi libro.

Desde que empecé a divulgar mi trabajo sobre la Segunda Guerra Mundial pude ver que este asunto, más que cualquier otro, presenta enormes dificultades para los judíos. Ellos no están mejor informados que los gentiles de Occidente sobre su clase gobernante pero sufren una desventaja adicional: por ser miembros de una civilización organizada alrededor de un ideal ético son más inocentes. Ya lo sabemos: es más fácil verle la cara a la gente buena. ¿Por qué? Porque la ética produce inocencia. Luego entonces, a los judíos les parece imposible creer que sus propios líderes—*judíos* también—pudieran traicionarlos.

Entre los gentiles tiende a haber al menos, en ocasiones, un saludable escepticismo. Sobre todo en aquellos que han sido bendecidos con clases gobernantes que son honesta y transparentemente corruptas. Cualquier mexicano, por ejemplo, estallarían de risa de escuchar que sus gobernantes, por ser también mexicanos, no puedan traicionarlo, y aceptará sin demasiado drama la evidencia de esa traición. Pero entre los judíos lo que aplasta es la inocencia. Aun encarados con evidencia contundente hacen enormes esfuerzos por disculpar a

sus líderes, por encontrar excusas y rescatarlos moralmente de sus acciones.*

Hay otro matiz. Para quien egresa de un pueblo oprimido y marginado, siempre indefenso, ninguneado, y humillado, resulta, de advertir a un ‘judío importante,’ un verdadero *pasmo* que alimenta el amor propio. Defender a ese ‘judío importante’ es identidad y autoestima. Tanto más cuando ambas son productos cuidadosos del *sistema*. Mientras no puedan los judíos imaginar y apropiarse una identidad distinta—una que les permita rebelarse contra su educación—no podrán ponerse a salvo del ciclo nefasto que generación tras generación los persigue y asesina.

Pero el asunto es delicado también por otra razón. Muchos antisemitas sí están al tanto de las traiciones, y las reciclan sin fin en sus ataques contra el pueblo judío. “Los enemigos del pueblo judío,” explica Louis Rapoport, “beben a lengüetazos cualquier evidencia de que algunos judíos... evitaran que otros judíos se salvaran de los exterminadores nazi.”¹ Y aquí llegamos a nuestra segunda pregunta: ¿Por qué imaginan los antisemitas que la evidencia de las traiciones les sirve para atacar al pueblo judío? Porque, alegan, si el Holocausto es un crimen que los judíos *cometieron contra sí mismos*, entonces no pueden quejarse de los gentiles.

* La excepción son aquellos judíos religiosos que consideran a los malos líderes de Israel como miembros de *Erev rav*, la “multitud mixta” de no judíos que salieron de Egipto durante la revuelta de Moisés y se adhirieron al pueblo judío.

Consideremos un caso chino para ver con mayor claridad la sinrazón. En las guerras civiles chinas, y luego en el ‘Gran Salto Adelante’ y la ‘Revolución Cultural,’ los chinos fueron destruidos. Decenas de millones fueron asesinados y multitudes desconocidas torturadas y encarceladas. Supongamos que alguien exclamara: “¿Cómo es posible que los chinos cooperaran, a través de sus dirigentes, con su propia destrucción?” Absurdo. Los chinos no cooperaron; Mao Zedong y sus cómplices usaron fuerza.

Lo anterior es obvio. Pero cuando el tema es el pueblo judío lo claro pronto es opaco. ¿Por qué? Porque el prejuicio antisemita *esencializa* y *corporativiza* a los judíos como un mismo cuerpo: sólido, homogéneo, solidario, unánime. Por eso al comentar la colaboración nazi de algunos líderes judíos—ahí sí—la filósofa Hannah Arendt se permite expresar: “¿Cómo es posible que los judíos cooperaran, a través de sus dirigentes, con su propia destrucción?”² Esta ‘pregunta’ en realidad afirma. Y la afirmación es falsa: los judíos no cooperaron—fueron traicionados—. *Sus dirigentes les mintieron. Los timaron.*

Véase el alcance del antisemitismo: Arendt era judía. Bien lo dijo Max Nordau, el principal aliado de Teodoro Herzl: “El mayor triunfo del antisemitismo es haber hecho que los judíos se vean a sí mismos a través de ojos antisemitas.”

Seamos claros. Las víctimas que perecieron en los campos de muerte son las mismas víctimas sean quienes sean los asesinos. Y hacerles justicia requiere acusar *a todos los responsables*. El hecho de que algunos responsables, verdugos indirectos, fueran judíos sin duda agrava la tragedia; lo que no puede hacer es transferir la culpa sobre las víctimas, ni

tampoco mitigar la responsabilidad de aquellos gentiles (es decir, no judíos) que directamente encendieron la maquinaria de muerte y supervisaron su funcionamiento. *Ojo.*

Ahora bien, si la lógica recién aducida nos convence es posible que también nos asombre. Vale la pena una pausa para entender por qué lo segundo. El antisemitismo es una manera de ver el mundo, una perspectiva, un prisma: un filtro perceptual, cognitivo, y afectivo. Este filtro nos pide suspender primero en el aire la conclusión antijudía para construir luego hacia abajo, en caída atropellada hasta el suelo, un andamiaje de ‘premisas.’ Resultado: se descalabra el razonamiento. Lo padecemos todos—inclusive, como apunta Max Nordau, los judíos—. *Es cultura:* la cultura de una civilización cristiana construida sobre el mito de que los judíos mataron a Dios. Y nos resulta tan ‘natural’ pensar como antisemitas que al desnudar este prejuicio nos asombramos de nuestras propias mentes.

Lo que sigue será difícil para los judíos. Pero por doloroso que resulte para sus ilusiones, el examen que ahora emprendo es indispensable, pues no puede explicarse el Holocausto sin tomar en cuenta el papel que jugó el liderazgo comunitario de aquella generación. Y no puede apreciarse el predicamento actual sin entender que aquella dirigencia judía apadrinó directamente a la actual, tanto en la diáspora como en el Estado de Israel. Enfrentar a tiempo el mito de aquellos modernos ‘héroes’ y su descendencia será menos doloroso que repetir el Holocausto.

Quizá más que cualquier otra evidencia presentada en este libro, lo que sigue escandalizará a mis lectores. Al ir leyendo rebotará incesante en el trasfondo la pregunta: ¿Cómo

fue posible semejante traición? La respuesta es otro asombro: *esto fue normal*. En cada generación los judíos comunes padecen a manos de su liderazgo traiciones comparables en sus funciones y a veces en sus dimensiones a las sucedidas durante el Holocausto, pues el fenómeno obedece leyes sociológicas muy estables que se reproducen a través de los tiempos.

En el capítulo 21 repasaré las evidencias más dramáticas sobre las traiciones del Holocausto para con ellas motivar la necesidad de un modelo explicativo, mismo que esbozaré brevemente en el capítulo 22 para pasar enseguida a la evidencia de las traiciones de la antigüedad. En el resto de la PARTE 7 iré avanzando en el tiempo hasta regresar a la experiencia de la Segunda Guerra, logrando así una apreciación panorámica del crimen del siglo veinte en el contexto de las traiciones sucedidas en otras grandes matanzas y persecuciones a lo largo de 2500 años de historia. Demostraremos que las estructuras y procesos contemplados en el modelo son muy estables. Es normal.

Para escapar, hay que verlo.

FUENTES

Arendt, H. (2004 [1963]). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo.

Rapoport, L. (1999). *Shake heaven and earth: Peter Bergson and the struggle to rescue the Jews of Europe*. Jerusalem and New York: Gefen.

¹ Rapoport (1999:vii)

² Arendt (2004[1963]:16)